

LA PIRA

1

Lo primero que escuché fue un grito de alerta: ¡fuego, fuego!. Y mucha gente empezó a correr sin ningún tipo de orden.

Tardé un poco en darme cuenta de que la alerta provenía de mi espalda. Allí se encontraba la entrada al recinto donde unos minutos más tarde iba a empezar la conferencia inaugural de Luis Fernández Galiano. Yo aún estaba fumando un cigarrillo con algunos colegas de profesión en la estrecha calle que antecedió al lugar de encuentro. Siguiendo las miradas me giré. La gran escultura que se había montado para el evento se había convertido en una enorme pira que alcanzaba no menos de cinco metros. Me quedé fascinada ante la enorme llamarada. No era la única con la boca abierta. Pero no era miedo lo que sentíamos, sino asombro. El atardecer de ese equinoccio de primavera se había prolongado más allá de las ocho de la noche, pero hacía rato que había caído y la escasa iluminación parecía destinada a enaltecer el inesperado espectáculo.

Poco a poco empezó a amainar su intensidad. Hasta entonces no aparecieron las primeras personas para auxiliar ridículamente con vasos de agua. Me sacó del trance ver que había gente aún más perpleja que yo. Los bomberos actuaron rápido. Con media hora de retraso empezamos a entrar a la sala. La escultura quedó en estado incandescente hasta bien entrada la madrugada pero la conferencia se dictó y los adláteres de Galiano celebraron su intervención. No podía ser de otra forma.

2

Era nuestro primer año con el profesor Jerónimo Silva en la Escuela de Arquitectura. Creo que él también acababa de llegar. Tuvo una conexión inmediata con la clase. No con toda, él no pretendía la unanimidad, pero sí con quienes nos dejamos seducir por su juego. Su propuesta era generosa. Tanto si seguíamos las clases como si no lo hacíamos nos garantizaba el aprobado. No habría exámenes. No habrá un espacio de confianza en la clase, decía, si para que consigáis la asignatura dependéis de vuestro acierto en una prueba subjetiva que me dé a mí por hacer. No había programa. Lo construiríamos cada uno de nosotros. Simplemente sugirió una bibliografía, que fuimos ampliando durante el curso, que iba desde Mary Shelley a Horacio Capel. Nos dijo que leyéramos, conversáramos y discutiéramos entre nosotros. Que abriéramos los ojos a la ciudad y todo lo que pasaba en ella. Que viviéramos. La decantación entre quienes seguimos viniendo todos los martes y quienes prefirieron hacer otra cosa se dio en dos días.

[...] No soy capaz de discernir si fue una idea suya o de la clase. Pero sí que creó las condiciones para que se produjera esa idea. Un día estábamos hablando de nuestras primeras tomas de contacto con la arquitectura. Una compañera habló sobre que su primera inspiración fue la arquitectura de Campo Baeza. Arturo le contestó que, en ese caso, el inspirador de su carrera no era Campo Baeza sino su fotógrafo, Pedro Albornoz. A Arturo le gustaba apretarnos al resto. Era activista desde los quince años y tenía bastantes conocimientos prácticos que a los demás nos pillaban lejos. Silva empezó a hablarnos de varias revistas de arquitectura que no conocíamos. Muchas de ellas autoproducidas. Para la mayoría la experiencia se limitaba a Arquitectura Viva y El Croquis. Ese día la charla se trasladó al bar de enfrente y se prolongó hasta altas horas de la noche. Aunque era octubre teníamos otra noche calurosa con más de treinta grados a la una de la madrugada. En algún momento creo que fui yo el que dije que Arquitectura Viva tenía pinta de arder mejor que El Croquis. Quedábamos ya solo cuatro o cinco. No recuerdo si lo dije de broma o en serio.

Al día siguiente Anabel me vino a buscar mientras desayunábamos. Había estado estudiando las composiciones del papel de Arquitectura Viva y El Croquis. El papel estucado mate de ciento veinticinco gramos de Arquitectura Viva, me dijo, en teoría debe arder un veinte por ciento más rápido que el estucado de ciento cuarenta gramos de El Croquis. Se quedó mirándome fijamente hasta que notó que conseguí enlazar su comentario con el día anterior. Además me enseñó algunos videotutoriales que había estado buscando sobre aceleradores para que el papel ardiera. Yo andaba aún con cierta resaca. Di un trago al café solo y asentí con la cabeza. Ella cogió una

servilleta, hizo una lista y empezó a buscar revistas de arquitectura de segunda mano. Se notaba que ella también había dormido poco pero estaba especialmente hermosa esa mañana. Eso no me ayudaba a concentrarme así que empecé a hablarle del viaje que deseaba hacer en cuanto me alcanzara el dinero por la Irlanda, imaginándome en las novelas de Flann O'Brien o James Joyce. Una Irlanda ultracatólica y cochambrosa, seguro que no te falta compañía, dijo ella distraídamente mientras centraba sus sentidos en el teléfono móvil.

3

La idea era hacer un congreso provincial. Nunca se había hecho y el Colegio de Arquitectos llevaba años dando señales de hastío. Los arquitectos lo percibíamos como una institución estéril y durante las asambleas no daba tiempo a hablar de los temas que de verdad estaban candentes entre los colegiados. El nivel de frustración ya llegó hasta un punto que redacté un articulito donde comentaba esa sensación. Parece que gustó y se acercó algún colega a animarme a hacer cosas en el Colegio. [...] Realmente yo mucho tiempo no tenía. Pero me conozco el percal y, si no tiraba yo por mi cuenta, no se iba a hacer nada... Total, que presenté una propuesta que me aceptaron. Al principio estaba yo solo y llamé a un par de amigas para que me ayudaran a moverlo y difundirlo. Había que darle forma así que solo se difundió en pequeños círculos y boca a boca. Fuimos testando cómo respiraba la gente. [...] También conté con Ana, que es experta en dinámicas de grupos, para que gestionara el proceso y fuimos haciendo algunas pequeñas reuniones. Al principio más informales. Luego, en las instalaciones del Colegio. Con esa estrategia lo montamos entero. Por eso no me gusta que digan que era mi congreso. Yo solo lancé y acompañé.

[...] No diría que el programa fue un error. Fue lo que decidimos entre todas. Y Fernández Galiano gustará más o menos pero es una figura muy importante en la arquitectura española. Su participación daba un respaldo muy importante al congreso. A mí, sinceramente, me gusta y creo que dice cosas interesantes... Pero, insisto, no se trata de lo que yo piense. Fue lo que salió de la voluntad colectiva y hubo un amplio consenso en que diera la charla inaugural. Cuando le llamamos, le contamos el proceso y se prestó rápidamente a lo que quisimos. El congreso era un poco Frankenstein y su charla tenía que conectar todas las mesas de trabajo sobre las que se iba a estar produciendo los días siguientes. [...] Me chirrió un poco cuando propuso lo de su revista. Nos pilló un poco a contrapié. Pero andábamos justos de pelias y nos vino bien esa pequeña ayuda económica. Estaba a tantas cosas que no le di más importancia.

[...] Al final el resto de cosas salió de manera bastante natural. Fíjate que yo estaba interesado en la cuestión de la precarización de la profesión y fue casi de lo que menos se habló... Tardó en cuajar pero fueron poco a poco tomando forma las comisiones de trabajo. Había quien estaba con la agilización de los trámites en el Colegio. Otras con la relación de arte y arquitectura. Gala, que se incorporó a mitad del proceso, propuso hablar de lo que ella llamaba la arquitectura para los desesperados... Conseguimos atraer a muchas arquitectas y arquitectos que ya no estaban colegiados y que pasaban de las actividades del Colegio. A gente de la Escuela. Conseguimos que entrara mucha gente de distintas generaciones y con experiencias de vida muy diversas. Eso de alguna manera acabaría por implosionar... Pero yo estoy contento. Casi todo fue desde el respeto y desde lo propositivo. [...] Lo del expositor de las revistas de Arquitectura Viva siguió un proceso parecido. Galiano me llamó para contarme que querían dar algo de dinero al congreso a cambio de poner un expositor con sus revistas en la entrada. Yo lo propuse a la asamblea. Hubo algún comentario en contra pero en general a todos les pareció bien. Y Jerónimo propuso que podía ser un tema interesante para sus estudiantes y fabricarlo en la Escuela.

[...] A Jerónimo lo conozco desde hace muchos años porque nos juntaron para coordinar unas charlas sobre ciudad y activismo. Las hacíamos en medio de las plazas para reivindicar su uso público cuando los veladores se empezaban a adueñar de ellas. Llegamos a compartir piso. Hacía tiempo que no coincidíamos. Se fue unos años, quizá a Barcelona. [...] Pero lo conozco lo suficiente para saber que en sus manos las cosas acaban siempre siendo otra cosa. Porque de alguna manera la Pira lleva su firma. Hay gente que tiene algo en la cabeza... Le impide hacer las cosas sin cuestionarlas. Sin pensar el por qué y darle una vuelta para que encaje en su forma de ver el mundo. Jerónimo es así. Y consigue hacérselo llegar a sus alumnos. Yo también lo soy ... lo

era. Lo fui... Hace veinte años hubiera estado... Seguro hubiera formado parte de los que montaron la Pira. Porque he de decir que me encantó. Es de esas acciones que te hacen reconciliarte con la arquitectura. [...] No sé qué fue el detonante. Pero algo cambió tras el congreso.

4

¿Que por qué propuse el tema de la arquitectura para las desesperadas? Porque la mayoría estamos desesperadas. Porque esa arquitectura para la familia feliz fue siempre ... ¡una mierda! No creo que haya otro término. Y más aún para nosotras. Era una prisión... Solo hay que leer a Mariarosa Dalla Costa. Hacía años que la arquitectura hacía prisiones para la mayoría de los habitantes de la casa. Sin duda hemos sido colaboradores necesarios. Diseñadores de prisiones que no lo parecieran... Para todos menos para el macho alfa que decidía su propio ritmo a su antojo, pisoteando al resto. Los demás éramos sujetos menores... Sí, muchas cosas fueron cambiando con los años... Pero la arquitectura, que es nuestro punto de partida, no. [...] La arquitectura para los desesperados existe desde siempre. Con otros nombres. O sin nombres. Lo que pasa es que no se le ha dado visibilidad alguna en los foros de arquitectura. Se la ignora. Si miramos detenidamente nos rodea por todas partes. Se infiltra por las arquitecturas para la familia feliz... Porque esta está acabada. [...] Diseñar desde una arquitectura de la desesperación, sin embargo... Tiene potencia... Es capaz de acercar las necesidades de esas personas desesperadas a las profesionales de la arquitectura. No consistiría tanto en diseñar espacios habitables como espacios que nos permitan sobrevivir. Porque de eso se trata para muchas comunidades en esta crisis climática. Simplemente de garantizar la supervivencia... Por supuesto cuando lo propuse me encontré con varias miradas burlonas o, incluso, de desprecio. Menos el grupo de estudiantes de la esquina que venían con Silva.

No fue él quien me avisó, aún no lo conocía. A mí me llamó Virginia y me contó lo del congreso. Yo le dije que ni muerta. Desde hacía tiempo limitaba mis colaboraciones con las instituciones a que me remuneraran considerablemente. Pero me insistió. Había pasado ya por alguna reunión preparatoria y vio algo especial en el congreso. Si no, ni se atreve a contarme. [...] Yo había vuelto hace unos meses de México y recién conseguí una plaza mal pagada en la Escuela. Esta seguía como la recordaba. Se me hacía bola. Mascar y mascar. En eso consistía mi labor. Y eso que había vuelto con ganas. Las cosas en México no eran mejores pero lo viví con mayor distancia. Por una vez, el fracaso del plan era parte de mi plan... Pero en Sevilla volvieron los fantasmas. [...] Fui a la reunión de marzo del congreso y solté lo de las arquitecturas para los desesperados por puro ahogamiento. Luego me quedé tomando cervezas con Pep y Virginia y se unieron los estudiantes. Eran tres chicos y dos chicas. Los únicos que llevaban un libro a aquella reunión. Todavía recuerdo algunos: *El perfume o el miasma* de Corbin, los *Cuentos completos* de Chéjov, *The Female Man* de Russ o *Seven American Utopias* de Hayden.

Deambulamos un rato sin rumbo por la ciudad. Pasamos por Matahacas, Sol, Bustos Tavera, Castellar, Alberto Lista, Joaquín Costa. Alguien dijo que llamáramos a Santi Cirugeda. No pudo ser Pep, que ya se había retirado. Sería la una de la mañana o así. Apareció por la ventana de su casa-estudio pidiéndonos silencio. Se vistió rápido y bajó. Solo un rato, dijo, que mañana viajo a Suecia y tengo que reunirme con una delegada de cultura. Compramos en una tienda que quedaba abierta algunas litronas y tequila, de garrafón, y nos fuimos a un solar en el que Santi había estado construyendo con profesoras de baile y performers una caja escénica. Nos contó también que en Ulm iba a hacer algo bizarro con inmigrantes y cultivo de marihuana. Me parece recordar que el ejército también estaba metido. O quizá lo soñé luego. Yo siempre me río con sus historias. [...] Al acabarse el alcohol, cogimos las herramientas y cortamos unas plantillas en madera que necesitarían para seguir montando la caja escénica el próximo día de trabajo. Yo llegué a casa a las cinco de la mañana. La juerga me pasó factura. [...] Anabel y Arturo empezaron, a partir de entonces, a asistir los días de trabajo en el solar. Un día, en mi casa, le pregunté a Anabel para qué iba. Para hablar de libros, me dijo.

5

En la profesión sabemos que es uno de los días críticos del año. Cada año por San José recibimos varias llamadas relacionadas con incendios. Hay muchos que se creen falleros

mayores... Ese día no era diferente y mi agenda a las nueve de la noche estaba llena para las siguientes semanas. Pero quien llamó debía tener amigos influyentes. Me pidieron que lo tratara con prioridad. Cuando me pusieron al tanto no me quedaba claro para qué me llamaban. Parece que querían ir contra alguien, pero desde el primer momento les indiqué que parecía difícil que pudiera haber un cargo penal asociado a ese fuego. Ni las revistas ni la estructura que las soportaba estaban aseguradas y fue lo único que tuvo algún perjuicio. Aún así fui a la mañana siguiente a ver qué había. Eran las nueve de la mañana y me encontré una comitiva de señores trajeados esperándome. Todos con gesto adusto. Saludé brevemente y empezaron a explicarme con tono grave. En cuanto pude, me escabullí para ponerme a trabajar.

La reacción había sido consecuencia de la acción humana, puesto que todas las revistas habían sido rociadas con un acelerante basado en alcohol etílico. El detonante había sido una fuente de calor que habían acercado a estos elementos inflamables. La estructura de madera no había sido rociada, solo se percibían marcas sobre ella, pero la distancia entre las revistas había sido planteada para que el fuego pudiera propagarse entre ellas con facilidad y de manera casi instantánea. Confirmamos en esa visita que la base de la estructura había actuado de cortafuegos e impedido la propagación hacia el resto del inmueble. O sea, nos encontramos con un fuego realizado con un alto grado de control, con todos los peros que esta afirmación merece, a modo de hoguera. Ayudó el viento en calma de esa noche. Debió de ser un fuego impresionante. Las reclamaciones de perjuicio por parte de los organizadores no se apoyan en ningún criterio cuantitativo, redacté, puesto que el evento siguió su curso sin haber desperfectos en el continente donde se alojaban ni en las actividades que acontecieron posteriormente. Al darse en un espacio abierto tampoco hubo afectados por los gases.

Esa tarde llamé a un conocido del cuerpo de bomberos. Me confirmó que había sido un fuego espectacular. Imagino que también lo disfrutó por el bajo peligro existente. Lo apagaron con relativa rapidez pero ya desde antes la gente circulaba por el patio sin especial miedo. Me pasó un vídeo donde estaba grabada la propagación de la llama. Tardó solo unos segundos en alcanzar la cúspide de la estructura. Parecía un lanzallamas gigante dirigido hacia el cielo. No se alcanzaba a ver en el vídeo quién prendió la llama a la estructura. En lo que estábamos de acuerdo es que había gente en busca de pruebas para un castigo ejemplar.

6

Yo sí que sentí miedo. La estructura de madera podía reventar en cualquier momento y esparcir el fuego por el patio. En cuanto hubiera dado con los árboles, que ya estaban secándose porque cada vez entra la estación estival antes, hubiera ardido todo. En aquel momento podríamos estar en el edificio en torno a quinientas personas. Casi todos los arquitectos de la ciudad. Hubiera sido trágico. [...] Cuando los bomberos controlaron el incendio me uní a un corro con profesores de la Escuela en el que comentaban la situación. Empezaron a pasar las bebidas y con la primera cerveza me empecé a relajar. Intentando aparentar tranquilidad, expuse que esto exigía una inspección policial y que los primeros que deberían tener cargos eran quienes habían diseñado la escultura. Ya entonces tenía claro que no había sido casual el incendio. Al revés, había sido plenamente causal. Era un acto vandálico. Alguien comentó que era un diseño de los alumnos de Jerónimo Silva. Él y yo ya habíamos tenido alguna discusión en un claustro... Mostraba un desprecio absoluto hacia la arquitectura de los últimos cincuenta años. Solo hay que ver nuestras ciudades, decía. Casi todos estaban de acuerdo con mi postura. Menos esa profesora nueva, Gala Santiago, que parecía distraída. En un momento dado dije que entre los Arquitectos Viva que se habían quemado había uno con unas viviendas que habíamos hecho desde mi estudio. Abrió entonces por primera vez la boca, mirando aún la escultura, para decir: guay.

A partir de ese momento ya no entendí nada. El maestro Fernández Galiano dio una soberbia conferencia en la que se apoyaba en un trabajo realizado con gran parte de nuestros referentes: Rafa Moneo, Juan Navarro Baldeweg, Eduardo Souto de Moura, Emilio Tuñón... Grandes maestros que se habían enfrentado a las crisis de su época y que nos mostraban el camino para salir de la de nuestro momento. Los primeros en intervenir desde el patio de butacas lo hicimos para agradecer su presencia, pese al caos inicial, y la claridad de su mensaje. Pero en la quinta palabra habló una estudiante que le pidió explicaciones, a él y a los maestros, por la crisis actual.

Las crisis no caen del cielo, le dijo, después de años señalando al resto un camino equivocado no podéis venir ahora como salvadores. Después se centró en el papel que, según ella, habían corrido las principales revistas de arquitectura del país en generar la idea de que la arquitectura empieza y acaba en el momento que el fotógrafo de turno pasa al acabar la obra... Tras ella quienes tomaron el turno de palabra lo hicieron para criticar a la joven. Algunas con tintes paternalistas, he de reconocer. Finalmente tomó la palabra Gala Santiago que señaló la necesidad de demoler ciertas estructuras de poder dentro de la arquitectura. Lo más sorprendente vino después, cuando dijo que probablemente la Pira - no lo había escuchado antes así que supongo que la bautizó ella - había sido el más potente gesto arquitectónico que se había dado en la ciudad en los últimos veinte años. Hubo pitos y abucheos, pero Galiano los paró y se puso a hablar de los matices que diferencian a la performance de la arquitectura. No se dio la oportunidad a más réplicas.

A los pocos días me encontré con unas octavillas autopublicadas repartiéndose por la Escuela. Hacía años que no veía ninguna. Si acaso para organizar alguna fiesta con afán recaudatorio. Esto era más bien una especie de fanzine realizado con pocos recursos. En ella había una serie de diagramas de arquitectos y su intimidad con ciertas constructoras con causas penales. También aquellos que colaboraban con fondos buitres que estaban invirtiendo en áreas concretas de la ciudad. Por supuesto había varios profesores que aparecían con nombre y apellidos. Era anónimo, pero había colaborado alguien con conocimientos de maquetación y diseño puesto que se observaban ciertas pautas entre la anarquía del conjunto. Se titulaba La Pira. Le pregunté a Gala si ella había sido la propulsora. Me dijo que no y se fue. Pero su gestualidad me dio a entender que no tendría problemas en colaborar en el futuro si se lo pedían.

7

Vinieron a verme Gala y Virginia con un grupo de estudiantes. Lo pasamos bien. Decían que se acababan de conocer... Para mí que ahí se acostaban todos con todos. Me trajo por un momento recuerdos bonitos... La juventud es lo que más nostalgia me trae. No las cosas que hacíamos - ahora hago cosas mejores - si no la libertad que te da hacer las cosas desde la experimentación a la que te lleva no conocer ciertas cosas que pasan entre bambalinas... Aunque yo siempre fui despierto para eso. Pero sí que siento que era más libre entonces que ahora. [...] No se les daba mal el trabajo manual. Las plantillas que fabricaron eran precisas y duraron bastante. Gracias a ellas avanzamos mucho en el solar en las siguientes peonadas. [...] Yo les decía que la forma de transformar la arquitectura ahora estaba en los Libros de uso y mantenimiento. Nadie les había hecho caso en años, eran copia y pega unos de otros, pero es donde se determina la relación que debiera existir entre el inmueble y sus habitantes. Eso parece que les gustó. No todos lo entienden.

[...] No estuve en el congreso pero claro que me llegó lo de la Pira. Yo hace años que no me dedico a lo simbólico. No quiero que se me entienda mal, quizá es lo que los jóvenes tienen que hacer. Al menos tienen que despertar y tal... Es más fácil con lo simbólico. Hacer una quema de los Arquitectura Viva con Galiano delante está bien. En realidad es muy gracioso. Me dio pena perderme su cara y la de sus lameculos. Aquí en Sevilla hay muchos... Yo digo que a la mayoría de los arquitectos se les puede definir como arquitectos tenedor o arquitectos cuchara. Los tenedor son aparentemente más sofisticados pero unidimensionales. No se dan cuenta pero solo son útiles en contextos muy concretos. Los cuchara quizá hagan ciertas tareas peor - pero las hacen - y entienden el mundo sin filtrarlo. Galiano sería un arquitecto tenedor, sin duda. Moneo también. Navarro Baldeweg ha pasado por todo, por tenedor y por cuchara. Perea sería cuchara, claro. Montaner sería algo parecido a una pinza de ensalada. Los monchis también tenedores, aunque en su periodo inicial quizá tocaron otros palos. Las viviendas de María Coronel me gustan. Vázquez Consuegra es un poco especialito, un tenedor ... pero de pescado. Miralles, cuchara. Ábalos diría que se queda en cucharilla de café. De los antiguos, Arniches, De la Sota, Sert, Corrales podrían entrar en los cuchara... Fisac, Lamela, Coderch, Sáenz de Oiza son miembros destacados entre los arquitectos tenedor... Los de la gauche divine también tenedor, incluso Bofill. La gran mayoría de los que salen en las revistas son tenedor, sí... Y, si la revista la dirige Fernández Galiano, solo se deja lucir a la arquitectura hecha por los arquitectos tenedor.

[...] Lo que vengo a decir a los chavales es que esos actos simbólicos no duran. No cambian la arquitectura finalmente. Para eso se necesita otra cosa y eso es lo que yo pretendo. Hacer cosas con la gente cuando se encuentran con necesidades. Necesidades que no les va a cubrir ni la administración ni el Colegio de arquitectos. Cuando les llamas no aparece nadie. Hasta que ya tienes montado el proyecto y entonces sí hacen el esfuerzo por entenderlo. O al menos por aparecer en la foto. Lo bueno es que ya tengo una experiencia que puedo hacer valer. Si no ponen dinero, no salen en la foto. [...] Me llegó algo de que el Colegio quería pedirles dinero a Jerónimo y sus chavales. Nosotros ya hicimos un arroz, con espectáculo de baile de Patricia y sus compañeras de la compañía en el solar, y sacamos algo de dinero. Les ayudaremos si lo necesitan.

8

La Escuela se desmadró en unas semanas. Se juntó la acción de la Pira con una ola de calor como no se recordaba. El tema que habíamos propuesto para la clase de Proyectos era una intervención en la dársena del río Guadalquivir. Recuerdo que teníamos en mente alguna obra de Ramón Pico y otra de Barrionuevo con Julia Molino. Algo sencillo que ordenara el espacio con una posición muy respetuosa con las naturalezas que allí convivían. Creo que incluso les pusimos una serie de ejemplos en clase para conducirlos un poco. Al ser uno de los cursos iniciales queríamos que afinaran su paladar arquitectónico. [...] Pero yo noté hacia el final del curso que cada vez la distancia con los estudiantes era mayor. La asistencia era más discontinua y el número de correcciones escaseaban. Julio, que me acompañaba en la docencia, lo relacionaba con que cada vez vienen menos preparados y con menos interés...

[...] Sabía que compartíamos grupo con la asignatura de Jerónimo Silva y que nos encontraríamos con algunas respuestas contestatarias. Cuatro semanas antes de la entrega vino uno de los grupos más cercanos a él con un plano pintarrajeado, un pequeño dossier y una cerradura electrónica. Pretendían presentar una acción realizada en el casco histórico como proyecto. Parece ser que manipularon una serie de cerraduras electrónicas que pertenecían a alojamientos turísticos. El dossier era un manual de instrucciones que además recopilaba las noticias que habían salido en medios locales e, incluso, algún tabloide británico. Defendían que se podía aplicar en otros contextos y que tienen un efecto urbano mayor que las medidas tomadas por el ayuntamiento... Nada que ver con el programa que les habíamos pedido. Explicamos que no podíamos considerar este trabajo para la evaluación. [...] Algún ventajista me insinuó semanas después que la acción de los chicos sí había sido efectiva. Lo decía señalando la coincidencia con el descenso abrupto en la ocupación de viviendas turísticas de ese verano... No sé si tuvo que ver o no. No era lo que nos tocaba evaluar.

[...] La entrega final era de formato libre, aunque habíamos recomendado hacerlo en formato A2 y que solo imprimieran dos de ellos a modo resumen. Había intentado persuadirlos de que se centraran en usar lenguaje arquitectónico. Sin embargo, hubo dos grupos que ignoraron nuestras recomendaciones e hicieron presentaciones *in situ*. La clase estaba llena, al ser día de entrega, por lo que el calor dentro del aula, con todos esos cuerpos en combustión, era insoportable. He escuchado por boca de terceros la historia de lo que pasó ese día en el aula y creo que todo se ha exagerado... Pero mi recuerdo es muy vago. [...] Nos presentamos allí con actitud conciliadora. Sospechábamos que iban a traer proyectos bastante heterodoxos. Pero no fue posible encontrar el punto de equilibrio. Yo cada minuto que pasaba me encontraba peor. Había llegado al aula con la mente abierta y una serie de ideas para generar puentes entre lo que me podía encontrar y lo que nosotras esperábamos. Pero estas ideas se fueron deshidratando con el calor hasta quedarse completamente secas en mi cabeza. Ese día no volverían a florecer. Es más, tras un bloqueo de duración indeterminable para mí, me escuché diciendo cosas ridículas sobre calidad gráfica o lenguaje arquitectónico. Culminé mi intervención hablando del Plan de calidad y remarcando: estas son las reglas que nos hemos dado. Fue horroroso.

9

La entrega final fue un día cinco de julio a primera hora de la tarde. Los casi cuarenta y cinco grados previstos presagiaban un día incendiario. Así fue. Nuestro grupo se pasó toda la semana preparando el último golpe de efecto. En aquel momento éramos conscientes de que nuestras

acciones debían de exceder la Escuela. No íbamos a pasarnos seis u ocho años haciendo trabajos inservibles que acabaran en un espacio digital ilocalizable o en el altillo de un piso de estudiantes. [...] Unas horas después nos enteramos de que llamaron desde secretaría para avisar del problema de la climatización y que estaban aconsejando aplazar las clases al haber alerta roja por calor. Las profesoras desoyeron la alarma, para nuestra tranquilidad, y la acción que habíamos preparado pudo mantener todo su dramatismo.

Antes presentó el grupo de Anabel, Arturo, Rosario Salvatierra y Antonio Rosas. Arturo no asistió a la presentación. Desde el encontronazo de las cerraduras electrónicas no había aparecido por clase. Él sabía que salirse del marco de intervención propuesto no iba a salir gratis, pero le dolió especialmente este rechazo. Mantenía cierta confianza en Marta Rosales. Sus clases hacían guiños constantes a la fragilidad y la vulnerabilidad, y eso le gustaba. Pero al final todo lo que proponía volvía a un redil disciplinar que olía a *status quo*. [...] El calor era sofocante. Aún así, la expectación hizo que la clase al completo se quedara a ver qué pasaba. Los profesores tenían un tono más sombrío e, incluso, cierta impaciencia mientras se conectaban las herramientas multimedia. En su primera imagen el grupo enseñó un mapa interactivo de la dársena del río y el resto de la ciudad con cientos de puntos señalados. Pasaron directamente a la pieza diseñada. Primero, una versión digital, donde se veía una especie de polipiedro a modo de pérgola o baldaquino. Luego reprodujeron un vídeo. Consistía en el montaje del prototipo en escala 1:1 enfrente del parlamento andaluz. Había unas quince personas realizando el montaje, entre ellas varias activistas de Ecologistas en acción. Yo era una de ellas. Antes de finalizar el ensamblaje de la pérgola se veía cómo la policía se acercaba y nos obligaba a pararlo y recogerlo todo. La cámara se acercaba y empezaron a adivinarse las piezas que daban forma a la geometría. Eran animales muertos. Volvieron al mapa inicial y de cada punto del mapa salía una fotografía de cada animal encontrado. Al final salía un rótulo que decía: *Estos animales no han sobrevivido a la ola de calor. Han sido recogidos por Ecologistas en Acción y estudiantes de la Escuela de Arquitectura en varios puntos de la ciudad, incluida la Dársena. Lo que hacemos que forme el campo de la arquitectura es también una cuestión de prioridades.* Rosales contuvo una arcada y salió de la clase.

Cuando volvió nos tocó presentar. En mi grupo estaban también Reyes Font, Lidia Lima y Moussa Cheikh. El pánico se adivinaba en los ojos de Julio Requena. Marta Rosales bastante hacía con permanecer con los ojos abiertos. Se iba poniendo un pañuelo humedecido en las sienes. Tras la primera imagen, un modelo tridimensional de la escuela de arquitectura, saltó Requena. Dijo que detuviéramos la presentación si no tenía relación directa con la Dársena. Pero el resto de estudiantes querían más y hubo una protesta generalizada contra él. Rosales seguía callada, como absorta. Pasamos a toda velocidad una secuencia de imágenes de la Escuela rodeada de curvas isothermas. Habíamos puesto sensores alrededor del edificio desde hacía veinte días. La ola de calor había sido pronunciada pero se multiplicaba alrededor de la Escuela de arquitectura. Hasta hoy. Hoy bajaban en picado las temperaturas alrededor del edificio. Habíamos hackeado el sistema de climatización para anularlo y con eso se redujo el efecto isla de calor. Pero eso no lo íbamos a confesar. Con la cara roja, por el calor y la indignación, Requena adivinó rápidamente nuestra trampa. Nos acusó de haber manipulado una instalación de un equipamiento público y de cualquier consecuencia que se derivara del calor abusivo que estábamos sufriendo. Rosales por fin arrancó y nos dijo que ya nos había advertido. Que habíamos ignorado el programa y que no había por dónde coger nuestros proyectos. Que no eran arquitectónicos. Se marcharon sin tan siquiera descargar nuestros trabajos. Lo recuerdo como una tarde gloriosa. Quizá otras la recuerden con muchos más grises. Para eso están las historias. Esa misma noche ya nos juntamos un grupo grande para rememorar la experiencia. Y los días siguientes. Cada día y en cada versión se limaban ciertos claroscuros. Hasta que se convirtió en una historia digna de ser recordada.

10

Viví con Arturo en La Bachillera durante ese verano. No paraba de haber rumores sobre el interés de la policía en nosotras. Nos acusaban de una serie de sabotajes que habían dejado sin luz el aeropuerto durante casi cuarenta y ocho horas. Las aerolíneas denunciaban pérdidas millonarias. Parece que, de alguna manera, alguien había vinculado a Arturo con el suceso y estaba siendo

buscado. Pero nosotras no nos escondíamos. En La Bachillera nos cuidaban y además nos juntábamos con el resto del grupo todas las semanas para compartir las experiencias y desafíos. El uno de septiembre recibí una llamada a primera hora de la mañana. La noche anterior había ocurrido un incendio en la casa. Arturo estaba en comisaría. Parece que le habían llevado en un primer momento para hablar del incendio pero aprovecharon para interrogarlo por los sabotajes del aeropuerto. Estuvo más de veinticuatro horas allí. Salió tambaleándose. A sus malos hábitos alimentarios, no había probado bocado en todo el día anterior al incendio, se le juntó una sala sin climatizar donde no pudo echarse a dormir ni media hora. La temperatura mínima de esa noche se había quedado por encima de los treinta grados. Fuimos directos al hospital, donde le administraron suero, y paulatinamente se fue recuperando. Los agentes le habían dicho que probablemente se había tratado de un intento de robo que había acabado en incendio. Nadie es tan tonto como para intentar robar en esta casa, recuerdo que pensé, es solo una cáscara vacía. Pero no dije nada. El objetivo éramos nosotras.

Esa misma semana había otro frente abierto con el expediente que se quería abrir desde la Escuela de Arquitectura a nuestro profesor Jerónimo Silva. Como la multa por la Pira había sido simbólica, desde el Colegio buscaban otras vías de castigo para disuadir ese tipo de acciones. Nosotras lo habíamos previsto y entramos varias a formar parte de la Delegación de estudiantes. Eso nos daba voto en el Consejo de gobierno de la Escuela. También se integró Gala en el Consejo como uno de los miembros del profesorado. Durante años las posiciones de poder en la Escuela estuvieron disputadas pero el carácter anodino de todo lo que pasaba dentro de la institución hizo que cundiera el desinterés. Aunque la amenaza con ese expediente era ni más ni menos que su expulsión, Jero vivía el proceso con cierto desinterés. La asamblea fue agria. Había varios profesores que sentían su jerarquía algo más inestable debido al éxito que habían mostrado las metodologías de Jero. Pero al poco tiempo se dieron cuenta de su posición numéricamente perdedora y se cerró bruscamente la discusión. La confrontación seguiría viva en los pasillos y los departamentos pero de manera menos formal.

Por la noche nos juntamos en la azotea de Jero para celebrarlo con una cena. Nos gustaba ir a su casa por la increíble cantidad de libros que tenía. Hubo mucha bebida y queso que trajo Gala. El amanecer nos descubrió leyendo poemas de un libro recopilatorio del poeta mexicano Efraín Huerta. Jero repetía como un estribillo entre la lectura de uno y otro aquello de *creer, crear, croar*. Cuando nos estábamos despidiendo llamaron a Anabel desde el equipo de comisariado de la Bienal de Venecia. Querían incluir la acción de las cerraduras electrónicas en la próxima edición como modelo de las nuevas intervenciones arquitectónicas. Éramos aún alumnos de segundo. Ese año todos habíamos suspendido la asignatura de Proyectos Arquitectónicos. La comisaria del Pabellón de España proclamaba que con nuestra acción se abría el campo de la arquitectura. Seguro que no éramos las primeras a las que nos lo decían. Días después aceptaríamos participar pero también instituímos un código de buenas prácticas en relación a instituciones culturales para evitar su cooptación. No éramos ingenuas. Sabíamos que en unos meses nos querrían sacar en las revistas. Quizá no en la de Fernández Galiano, que estaba herido y con una edad en la que uno ya no quiere rectificar, pero sí en otras que quisieran ocupar su trono cuando él se retirara definitivamente.

11

Dicen que hace años que no se sabe nada de varios de ellos. Yo sí les vi en aquella Bienal de Venecia. Eran fácilmente reconocibles. Iban con ropas muy de diario en un ambiente en el que todos llevaban sus mejores galas. Me paré con ellos e intenté saber si su vestimenta era parte de su postura. No, me dijeron. Decían que eran conscientes del espacio en el que se presentaban, y por eso iban, pero no merecía unas galas diferentes a las que usaban para tratar a diario con los vecinos. Tampoco se alojaban en el hotel. Me enteré por un amigo que habían revendido sus plazas de hotel a los padres de un emergente arquitecto sevillano. Con ese dinero pagarían la multa de una de sus primeras acciones. Ellos solo se habían quedado con algo de dinero para cruzar los canales. Según le dijeron, no necesitaban ni para droga, ya que por seguro había en cada fiesta de la Bienal. Y así era. Se habían traído sacos de dormir y dormían en la estación de tren de Santa Lucía. Únicamente se les veía pasar a diario por el hotel para ducharse.

Se aburrieron soberanamente en Venecia. Me cayeron bien y les busqué en alguna de las charlas. Creo haberles visto en una inicial que hizo Vinciane Despret. Incluso podría asegurar que me los crucé durante esa tarde tomando una cerveza con ella. Pero luego solo aparecían esporádicamente y desconectados del calendario de la Bienal. Su presentación, eso sí, fue estupenda. Aunque su pronunciación del inglés distaba de ser perfecta, tenían un discurso bien elaborado y una energía que contagiaba. Un coleccionista les preguntó por el inhibidor de frecuencias electrónicas que usaron en la acción de las cerraduras, con la idea de comprarlo como objeto de arte. Ellos ignoraron la propuesta. Le dieron la web donde podían descargar el manual de instrucciones. Luego me dijeron que este tipo tenía mucho dinero invertido en varios fondos buitre específicos de vivienda. Mira a tu alrededor, Juan, me dijeron, ninguno de estos viene a ayudarte. Vienen a la Bienal como a un circo de excentricidades. Ellos ya tienen sus arquitectos, sus ideólogos, sus políticos. Aquí no se transforma nada.

La siguiente vez que les vi estaban con Andrés Jaque en una de las cenas de la Bienal. La comida gratis no la perdonaban. Supuse cierta afinidad. No estaba tan clara cuando les vi juntos en persona. Le decían que él, con su imagen de *enfant terrible* de la arquitectura española, apuntalaba a ciertos grandes maestros como Navarro Baldeweg. Le decían casi entre gritos, quizá consecuencia del alcohol, que no iba a haber paz entre las generaciones mientras los grandes maestros no recorrieran el camino de la redención. Jaque les atacaba a ellos pidiendo respeto y comprensión a arquitecturas hechas en momentos históricos muy diferentes. Escribiría en El País un artículo con ánimo confrontacional unos días después con el título *El bolchevismo arquitectónico viene del Sur*. Cuando se hubo ido Jaque les pregunté por su conversación. Dimos por hecho, me dijeron, que tendría drogas y por eso nos acercamos a él. Pensábamos camelárnoslo hablando de poetas que seguro se la ponen dura como Emily Dickinson, Lee Mokobe o Flor Bárcenas... Pero nos comió el presente o, como diría Borges, el punto infinito de la geometría. Pertenece a mundos diferentes, concluyeron sin darle mucha importancia. Él encontró su vía para poder tener autonomía, no veo mal el camino que escogió, les dije, en algún momento tendréis que plantearos qué fórmula os permitirá tener cierto éxito en el futuro. No lo tendremos, me contestó Anabel. ¿Perdona? Nunca tendremos éxito, me confirmó. ¿Es una batalla perdida? ¿ni siquiera sois capaces de imaginar en sueños una salida exitosa?, les insistí. Incluso el más positivo de nuestros resultados se verá como un fracaso, respondió rotundamente, nosotras lo viviremos como un fracaso y se nos recordará como un fracaso. Pero ese fracaso, junto a los de otra gente dispuesta a fracasar, quizá sea algo importante para cambiar las cosas, concluyó. Necesité escapar de su presencia y ya no los volví a ver en toda la noche. En Sevilla, tal como les vi bajarse del avión se esfumaron de mi radar. Sé que algunos permanecían actuando en las sombras, otros acabaron desistiendo y otros desaparecieron. No volverían a participar en ninguna Bienal de Venecia.